

LAS TERTULIAS LITERARIAS EN CUBA.

-Por el Dr. Antonio Iraizos.-

T RATAMOS de revivir las viejas tertulias que fueron de no escaso beneficio y de innegable estímulo a las bellas letras.

Es posible que se les tilden de anacrónicas; seguramente se las verá con cierto recelo, la modestia de los intérpretes no podrá concederles aquel postín tradicional que en otras centurias alcanzó por la preeminencia mundana de sus organizantes; pero el esfuerzo desinteresado, el terrible armonizador, la amplitud de miras y la discreta inteligencia que ha de distinguirlas no podrá ser motivo de menosprecio; aunque fracasen, siempre habrá sido una tentativa generosa por el acercamiento

o indiferencia colectiva, llévale como por la mano a esa pereza, a esa abulia, que encuentra en los ardores del mismo clima un servicial aliado.

Si a todo ello se agregan, los recelos que nos separan, antagonismos de aldea limitaciones de criterio, estrecheces lamentables, la preponderancia que los intereses materialísimos han tenido durante la era republicana por sobre las aspiraciones e inquietudes del espíritu y de la belleza, se comprenderá el aporte raquítico, la contribución exigua; descontando, desde luego, cuanto ha producido sin seriedad, sin meditación, por mero atractivo bibliográfico, mejor hubiese sido permanecido se en lo inédito.

Sin propósito dogmático alguno, sin exclusivismos de credo, con la libertad de un vigía que sobre el palo mira a todos los puntos del horizonte, y con esa sana transigencia, que es una forma de la bondad, y no le impide juiciosa selección, iniciamos estas tertulias, en el rincón amable de los artistas, donde se ha de gozar de una atmósfera algo bohemia, y entre sorbos de café y bocanadas de humo, leeremos aquí las primicias de nuestros trabajos, comentaremos sus méritos o impropiedades. El afán de ir perfeccionándonos por convicción propia, nunca por repudiación ajena, hará que se aviente la paja; y el grano útil pase por el tamiz de nuestra crítica comprensiva y alentadora.

Es muy viejo este tipo de tertulias. En no pocas parte, engendraron las Academias. El impulso renacentista les dió vida en la Edad Moderna. Pero no me perdonaríais que me remontase muy lejos para buscar sus antecedentes. La falsa Arcadia helena, llevó a la imaginación poética la bellantría de los suaves idilios de aranerados pastores que decían versos y sentían muy delicadamente. Los poetas se fingieron pastores. El caramillo rústico tuvo de nuevo resonancia a las horas del descanso, no hacías plácidas de tiernas querellas de amor. Y ante una dura realidad de



José María Heredia

vida guerrera, de fatiga y de duelo, los poetas se agruparon para vivir una fingida vida que logró todos los tenues encantos de la dulzura y de la paz. Así, cuando se volvió la escurtadora mirada, sobre la civilización greco latina, dos géneros fenecidos, la poesía bucólica y la novela pastoril, fueron lenitivo de la multitud que ansiaban para su agitación e inseguridad otro tipo de poesía que olvidase por un instante las hazañas del combatiente, los lances del caballero y las graves preocupaciones religiosas. La nueva sensibilidad de aquella época, reunió en el mismo círculo a los poetas y noveladores que ansiaban un refugio amable para los supremos deleites de la belleza. Y fué Italia primero, quien nos brindó múltiples y diversas instituciones donde, bajo el artificio de los arcades, encontró la cultura un triunfo insospechado.

Mas tarde Francia, alucinada por el esplendor del Cristianísimo Rey que llena todo el Siglo XVII con su fasto y su soberbia, nos da el caso de una linda marquesa que se retira de la Corte para abrir su Hotel de Rambouillet a los sabios, a los nobles, a los hombres de letras y a las damas de la aristocracia que sabían preferir los encantos de la conversación al cinismo de los cortesanos. En la cámara tapizada de seda, acariciando un gran jarrón traído de la China, Cornelle recita, junto al cla



Gertrudis Gómez de Avellaneda

de cuantos trabajan por la cultura y una oportunidad para el intercambio de ideas, de sugerencias, de apreciaciones, que puede contribuir a la creación de un ambiente más propicio y vigorizante para el progreso de la literatura en sus diversas manifestaciones.

Por lo general, el hombre de letras vive aislado en Cuba; sin solicitudes externas que le obligue a laborar tesoneramente en su obra; la brega diaria por la profesión que remunera o el destino público o privado que le brinda la subsistencia económica, y la posibilidad de que su contribución, casi heroica, arranque a las horas del descanso, no ha de encontrar eco dentro de la apatía

2

vicordio Malherbe escribe unas estancias; La Rochefoucauld lee sus mejores máximas; el caballero Marini



Ramón de Palma y Romay

se muestra irconforme y Richelieu discreta sobre las relaciones diplomáticas con España. Todos se cambian sus nombres por el de personajes pastoriles. ¿No están en la biblioteca de la Marquesa, la "Arcadia de Sannazaro," la "Diana" de Montemayor, la "Aminta" del Tasso? Pues esta ingenuidad persistirá durante mucho tiempo; aquel preciosísimo nos afectará también. Y cuando Cuba despierte a la cultura, en la aurora de Zequeira, Rubalcava, Delmonte y Plácido, nos sorprenderán los pseudónimos bucólicos que ya empiezan a languidecer.

Los salones se aumentaron por la gracia de aquellas Preciosas. La Cámara Azul de la Marquesa de Rambouillet impera hasta 1630. Dos años más tarde se funda la Academia Francesa. El redondel se traslada, en la próxima década, al Salón de Julia de Agennes, y luego a casa de Madame de Sablé. De 1640 a 1660 las preciosas se reúnen en casa de la señora de Scudéry "donde Moliere las acechaba". La Marquesa de Lambert, Madame Geofrin y Madame de Stael, continuaron aquellos salones literarios, donde encontró el buen gusto, la nobleza y distinción del ingenio, una elegante acogida; el sentimiento burgués.—Boileau con sus preceptos, Moliere con sus burlas—obstruyó inútilmente aquel primer brote de delicado feminismo. La galantería tuvo allí su victoria más decisiva; porque fué allí el hombre esclavo de la mujer, fino admirador de sus excelencias. Si el fenómeno se hubiese producido a la inversa, y alrededor de una fuerte figura masculina, viéramos la pleitesía de mu-

chas damas, en vez de una victoria de la galantería, que es sumisión y rendimiento del hombre a la mujer, estaríamos en presencia del donjuanismo morboso.

Cuantos ahora luchan por la emancipación y los derechos del bello sexo, recuerden con simpatía aquellas linajudas damas que demostraron una capacidad superior de atracción y complacencia; evidenciaron un tacto, un refinamiento, una fineza de aspiraciones que los sabios, los artistas, la gente de letras, rindiéronle homenaje con mayor gusto que a las fuertes potestades de la política o la diplomacia.

Persistió durante el siglo XVIII ese aristocrático afán de reunirse en selectísimos cenáculos. España y Portugal, atraídas al clasicismo francés, nos presentan diversos salones de inexcusable relieve que sin embargo, y parte de la protección oficial, se llamaron academias, y, dentro del espíritu de la época, respondieron a las solicitudes de la exquisitez poética y a la depuración de todo germen plebeyo. En Lisboa apareció la Academia de los Generosos, libre manifestación del seiscentismo que se hizo tradicional. Después de varias



Anselmo Suárez y Romero

transformaciones, la encontramos en los albores del XVIII, convertida en "Academia de Conferencias discretas y eruditas"; y cada domingo por la noche, en el viejo palacio del Conde de Ericeira, aquellos altivos caballeros discuten sobre cuestiones físicas y morales y sobre el significado de los vocablos del idioma lusitano. De allí nació la Academia de la Lengua Portuguesa. Poco después, bajo el reinado rumboso de Juan V, son cuatro ya las Academias: la de los Anónimos, la de los Aplicados, la de los Escogidos y la de los Ocultos. Los

26

Arcades de Roma se estremecen; rendidos ante aquella floración del galanteo artístico, que ellos representan en la Ciudad Eterna, como premio al monarca le dan el título de "Pastor Albano". El disfraz pastoril sigue en boga. El bucolismo a sus anchas. Y toda esta miel, que ahora nos parece un poco empalagosa tuvo su explicación en aquel tiempo de estrecha libertad mental, de pellizcos clericales y de necesario ocultamiento para ciertos giros de los elogios amorosos, que la fijería de la moral imperante nos hubiesen permitido.

A veces estas reuniones, señalan en la evolución de las ideas estéticas rumbos preferentes. Ellas represen-



José Jacinto Milanés

tan el campo propicio donde chocan opuestas tendencias. En las letras hispanas, por ejemplo, en este siglo diez y ocho que nos preocupa, fué de intensa resonancia la tertulia de la Condesa de Lemos y Marquesa de Sarria en su palacio de la calle del Turco, en Madrid. Allí se formó la célebre Academia del Buen Gusto, a la que concurrieron Luzán, Montiano, Nasarre, Velázquez, el Conde de Torre Palma, oráculos y legisladores de las letras entonces. Combaten allí los partidarios del neoclasicismo, los preceptistas rigurosos y los que, como Porcel, maltratan a Boileau y declaran que el "Poeta no debe adoptar otra ley que la de su genio", que por eso se pinta a Pegaso con alas y no con frenos.

Consiste la gloria de este famoso salón—dice Don Marcelino—en la tolerancia que aunó voluntades, las modificó y limó las asperezas por el roce, preparando para los días de Carlos III el advenimiento de una poesía que en ciertas obras selectas de determinados autores (N. Nicolás Moratin, Meléndez, el Mastro Gon-

zález, etc) fué a un tiempo nacional y correcta, española y no gongorina,



José Antonio Echeverría

racional y no afrancesada.

El fuerte carácter español, supo, en medio de grandes debilidades, conservar la rancia preferencia por sus ídolos de antaño, y aún manteniendo idénticas prácticas y teorías que las similares de Italia y Francia, nos ofrece el curioso caso de la Academia del Trípodé, en Granada, donde sus socios tomaron nombres de los libros de caballería; El Caballero de los Jabalíes, el Caballero de la Verde Espada, el Caballero de la Peña Devota, el Caballero de la Luega Andanza. Parecen los últimos sostenedores de la tradición poética española, inmediatamente derrotados por los Batilos y Jovinos que significaban la vanguardia en la segunda mitad del siglo XVIII.

Sin el lujo de pataclegas cámaras, todo lo contrario: en cuanto humilde de la antigua fonda de San Sebastián, juntáronse buen número de ingenios, cuando cesó en su ilustrado mando el Conde de Aranda. Habían logrado mercedes del dimitente ministro y querían oscurecerse por un tiempo para que la envidia ajena des cansase. Alma de la junta era D. Nicolás Fernández de Moratín; le rodeaban, el poeta Cadalso, Iriarte, tres italianos de curioso temperamento, un profesor de retórica, varios eruditos y un botánico que rondaba las musas. Era una reunión de amigos para hablar de teatros, de toros, de amores, y de versos. Pronto el tono



Felipe Poe

de los empeños artísticos fué elevando los propósitos. Allí se leyeron las mejores tragedias del teatro francés, las odas de Rousseau, canciones de poetas italianos, Cadalso sus "Cartas Marruecas", imitación de las "Lettres Persannes" de Montesquieu. Ayala el primer tomo de las "Vidas de Españoles Ilustres". Aquel cuarto de pobre mobiliario, con su chimenea que alguna vez sirvió para destruir al fuego producciones inaceptables, vino a alcanzar tan importante papel que casi se convirtió en el congreso que durante largo tiempo debía dar leyes al arte español. Moratín oficiaba. Se empeñaba en pensar como Boileau, "mientras sentía y escribía como Lope". Su amigo Cadalso, el primer romántico en acción, según se ha dicho, castizo en sus sentimientos, se dejaba arrastrar por el gusto extranjero imperante. Y de aquella fraterna junta de la fonda de San Sebastián, repercutieron los debates tan fuertemente en el ambiente literario, que su proceso constituye un fenómeno digno de acucioso estudio para la historia del teatro y de la poesía en la Península.

Quando llegaron los días gloriosos de la era romántica, el Duque de Rivas, también inicia una tertulia literaria. Pero... dejemos a España; esta práctica, con su aliento estimulante, con su depurado sentido, también aparece ya, en nuestro país. Veamos...

Al benemérito Domingo Delmonte



Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño)

debemos las primeras tertulias literarias. Finaliza el primer tercio del siglo pasado. La influencia del grupo salmantino—Meléndez, Jovellanos, Gallejos, Cienfuegos — y la de los prerománticos, como Quintana y Martínez de la Rosa, se advierte en los jóvenes poetas agrupados junto al atra yente humanista que tan profunda huella ha dejado en nuestra cultura.

¿Cómo surgió aquella tertulia? Fué consecuencia de los entorpecimientos coloniales a la Academia Cubana de Literatura, incubada en el seno de la Sociedad Económica. La orden dictatorial de Ricafort, confirmada después por Tacón, impidió cristalizarse. El destierro de José Antonio Saco se relaciona con este proceso ante la arbitrariedad, los elevados fines que con ella propendían aquellos patriotas, encontraron en las reuniones de Delmonte, asilo bienhechor. Allí se congregaron Ramón de Palma, José Antonio Echeverría, Suárez y Romero, Pizarro, Betancourt, Zambraña, Jorrín, Govantes, Poe, Santos Suárez, el poeta negro Manzano, que debió su emancipación a la gestión liberadora del grupo. Allí se leyeron los primeros versos de Milánés y su "Conde Alarcos". Se siguió el gran vuelo lírico de Heredia, que, en Toluca, dedica a su dilcto amigo Delmonte la primera edición de sus poesías. El espíritu arcádico del diez y ocho aparece con un nuevo sentido, más en consonancia con la época, lo cual no obsta para que Delmonte,

Tertulia de Domingo Delmonte

se llame "Montino" y emplee la vieja lengua, del Lacio, como un sello de erudición, en repetidas frases y locuciones, hasta en amistosas cartas privadas.



Luisa Pérez de Zambrana

Cuando Delmonte se aleja de Cuba en 1844, hasta los tiempos precuros del movimiento insurreccional del 68, son lustros de dolor sofocado, de ansias reprimidas, de burlas a las aspiraciones cubanas. Pero en 1861, en la cercana villa de Guanabacoa, Don Nicolás Azcárate acerca cuantos entonces cultivaban las bellas letras, no sólo en selectas charlas, juntos al calor de su hogar, sino desde la tribuna del Liceo de Guanabacoa. Zenea, el bueno de Saturnino Martínez, Antonio Zambrana, Luaces y Mendive, van allí con las primicias de su inspiración o con las escenas sobresalientes de sus piezas dramáticas. Ricardo Delmonte, nos ofrece este cuadro:

"La locomotora rugía por primera vez en aquella atmósfera silenciosa, estremeciendo las rocas verdes, veteadas de amianto y salpicadas de cuarzo lucente. Con la nueva comunica



José Silverio Jorrin

ción y el aflujo de familias y transeuntes de la Habana, el herido del

progreso traía de pronto a la anticuada villa del siglo pasado toda la agitación y el movimiento de una nueva vida".

"Era el alma de esta metamorfosis un distinguido abogado de la capital, hombre de entusiasta afición a las letras, de muy extendidas relaciones sociales y de grandes medios de acción y de persuasión, debidos a su claro talento y su elocuencia simpática. En torno suyo bullía lo mas granado de la juventud literaria. A esa efervescencia debió su nacimiento y su período de esplendor fugaz el Liceo de Guanabacoa, que con sus lecturas en la tribuna y con sus conferencias literarias, consiguió de tal manera concentrar allí la vida intelectual, que los hombres de mas renombre, las ilustraciones del foro y del periodismo acudían para disertar eruditamente o leer sus obras en aquel palenque tan extrañamente abierto en el centro del viejo villorrio indiano, mansión de la inmovilidad y el silencio".

El propio Azcárate, después que pasa la tormenta revolucionaria de los diez años,—de 1885 a 1886—se unirá a D. José María de Céspedes para impulsar las conversaciones literarias en la morada del segundo. A pesar de que sus ilusiones han perdido el brillo de otra época, de que su ánimo empieza a ceder a los duros quebrantos de la ingratitude, el noble afán de que su tierra prospere y se distinga por algo superior a sembrar caña de azúcar, permanece en él; y en aquellas gratas asambleas se da a conocer el malogrado Aurelio Mitjans, que obtiene premios por su trabajo critico sobre Milanés y por su memoria sobre "el teatro bufo y la necesidad de reemplazarlo fomentando la buena comedia".

El Nuevo Liceo de la Habana, un año antes, ha levantado su prestigiosa tribuna. Allí también la acción de Azcárate, Montoro, Varela Zequeira, Varona con su conferencia sobre Cervantes y José de Armas presentándose por primera vez ante el público e iniciándose en las graves tareas de la critica científica, con su disertación acerca de Lope de Vega, dicen a los desconcertados gobernantes de la colonia la invencible pasión de unos cuantos por los puros fueros de la belleza en todas sus manifestaciones.

La tradición del viejo Liceo, que dió oportunidad a Luaces, para el último triunfo de su precaria vida, se continuó en un lapso de tiempo deslumbrante y corto. Manuel de la Cruz, en sus crónicas de la "Revisita Habanera", informaba con su pro

sa llena de entusiasmos y de color de aquellos actos, que junto a la torpeza política del gobierno de la Metrópoli, evidenciaban la capacidad cubana para fines superiores de la cultura.

... .. Sería ilusión vana, que la cita de esta tarde, en que el Círculo de Bellas Artes, nos acoge con su simpatía y cordialidad, fuese el comienzo de una gestión que señalase rumbos nuevos a las bellas letras; ni siquiera—tal es nuestro temor—presumimos puedan quedar para la evocación en lo futuro. Trátase de un esfuerzo modesto, lleno de jovialidad e inexperiencia, que seguramente no será baldío, si el entusiasmo nos acompaña y la fé en el trabajo nos guía.

Una república inteligente de personas que aman el arte, bajo una presidencia lo menos presidencial posible, movidos todos por la cortesía y la tolerancia, donde cada cual traiga sin penas las primicias de su obra, encierra cuanto anhelamos. La charla amigable, la observación juiciosa, el consejo bien intencionado, y sobre todo: una franca repulsa al plebeyismo que rebaja cuanto toca, y a la insolencia, que niega todo principio o autoridad, pudieran darle a esta expansión inofensiva de nuestras inclinaciones literarias, un significado, acaso un mérito.

Ya os he dicho, a vuelo pluma, el espíritu de apartamiento, de selección, de galantería, que este fenómeno, hoy nuevamente experimentado en Cuba, tuvo, lo mismo en la Italia de los decamerones, cuando Boccaccio leía sus cuentos, que en las Cámaras Azules de las marquesas de Francia, cuando Corneille recitaba versos de su "Medea".

Para corregir los extravíos del gusto, o para la conversación elegante, de tan sugestivo poder, o para el intercambio de ideas y motivos se formaron salones y academias en pueblos cuya civilización heredamos. No estaría mal que concediésemos un poco de crédito a la esperanza... a la esperanza de que estas cultas asambleas, unidas por la devoción a la belleza, amortiguen un tanto en nosotros mismo el desasosiego que el medio pietórico de enconos produce. Que brote esta tarde, antes que el sol se oculte, una nueva fuente de espiritualidad cubana.

Ag 30/21 Pava -

UNION DOCUMENTAL